

toda su comitiva. Venía el caudillo de gala. Llevaba en la cabeza una banda de piedras pequeñas de varios colores, pero principalmente verdes, simétricamente arregladas, con otras piedras blancas que llenaban los intervalos, y enlazadas todas en la frente por medio de una joya de oro. También llevaba dos láminas del mismo metal colgadas de las orejas, por medio de sortijas de pedrezuelas verdes. De un collar de

cuentas blancas, preciosas entre los indios, tenía suspendida una grande flor de lis de oro inferior; y un cinturón de varias piedras semejantes á las de la cabeza completaba sus decoraciones régias. Su mujer estaba adornada de un modo semejante, y cubierta además con un pequeño delantal de algodón, y con bandas de lo mismo alrededor de los brazos y piernas. Las hijas no llevaban mas adorno que un cinturón de



Caciques en traje de guerra.

pedras pequeñas de que pendía un dije del tamaño de una hoja de hiedra, compuesto de varias pedrezuelas prendidas sobre algodón.

Al subir el cacique á bordo distribuyó varios regalos entre los oficiales y marineros. El Almirante estaba á la sazón en su camarote rezando sus devociones. Cuando apareció sobre cubierta se apresuró el caudillo á recibirlo con muy animado semblante. «Mi amigo, le dijo, he determinado dejar mi patria y acompañarte. Me han explicado los indios que están contigo el poder irresistible de tus reyes, y las muchas naciones que tú has sometido á su nombre. Quien quiera que rehuse obedecerme ha de sufrir por ello. Tú has destruido las canoas y mansiones de los caribes, dando muerte á sus guerreros y llevándote cautivas á sus mujeres y sus hijos. Todas las islas te temen. Pues ¿quién podrá resistirte ahora que ya sabes los secretos de estas tierras, y la debilidad de

»sus gentes? Antes, pues, que tú me despojes de mis dominios, yo me embarcaré con toda mi familia en tus buques, é iré á rendir homenaje á tu rey y reina, y á contemplar aquel país prodigioso de que tan asombrosa cuenta dan los indios.» Cuando se tradujo este discurso á Colon, y vió la mujer, los hijos é hijas del cacique, y reflexionó sobre los peligros á que su ignorancia y sencillez los expondrían, determinó no arrancarlos de su país nativo. Respondió al cacique que le recibía bajo su protección, como vasallo de su rey, pero teniendo muchas tierras que visitar antes de volver á España, no podía por entonces satisfacer sus deseos. Despidiéronse luego con muchas expresiones de amistad, el cacique, su familia y comitiva se embarcaron de nuevo, aunque de mala gana, en sus canoas, y los buques continuaron su rumbo.

CAPITULO VII.

VIAJE POR LA COSTA DEL SUR DE ESPAÑOLA Y VUELTA A ISABELA.

(1494.)

EL 19 de agosto perdió Colon de vista la extremidad oriental de Jamáica, á la que se llamó cabo Farol, hoy Poin-Morant. Tomando el rumbo de Oriente, vió al otro día la prolongada península de Española, conocida con el nombre de cabo del Tiburon. No sabia aun que pertenecía á la isla de Hayti, hasta que costeando por el lado del Sur, pasó un cacique á bordo el 3 de agosto, le llamó por su título y le dirigió varias palabras en castellano. Su idioma llenó de alegría los buques, y los fatigados marineros oyeron con placer indecible que se hallaban en la costa del Sur de Española. Pero aun le quedaban que pasar muchos días de trabajos. El tiempo estaba tempestuoso, el viento contrario é incierto, y los buques separados.

A últimos de agosto ancló Colon en una pequeña isla, ó mas bien roca, que se levanta solitaria en medio de los mares, enfrente de un extendido promontorio á que llamó cabo de la Beata. La roca expresada tenía desde lejos la apariencia de un buque á la vela, por lo cual le puso el Almirante Alto-Velo. Algunos marineros treparon á la cima de la isla, desde donde se dominaba mucha parte del Océano, para ver si les era dado descubrir los otros buques, pero nada pudieron distinguir. A su vuelta mataron ocho lobos marinos que estaban durmiendo en la arena; también cazaron á palos pichones y otros pájaros, y hasta cogieron algunos con las manos; porque en aquella solitaria isla carecían los animales de la timidez que la hostilidad humana les infunde.

Habiéndose juntado las dos carabelas, continuó por la costa pasando el bello país regado por los brazos del Neiva, desde donde se estiende hasta el interior una fértil llanura, cubierta de poblaciones y sel-



vas. Después de navegar un corto trecho hácia el Oriente, supo el Almirante, por los indios que solían venir á bordo, que varios españoles de la colonia habían penetrado hasta su provincia. De lo que pudieron comunicarle aquellas gentes, infirió que iban las cosas bien en la isla. Animado con la tranquilidad del interior, mandó desembarcar á nueve hombres con orden de atravesar la isla y dar noticia de su llegada á la costa.

Continuando hácia el Oriente, envió á tierra un bote por agua, cerca de una poblacion que se descubria en medio de la llanura. Pero los habitantes salieron con arcos y flechas á combatir, mientras otros se proveían de cuerdas con que atar los prisioneros. Eran estos los naturales de Higüey, provincia oriental de Española. Se consideraban como los mas belicosos de aquellos isleños, habiéndolos acostumbrado á las armas las frecuentes incursiones de los caribes. También se decía que usaban saetas empozoñadas. En el caso de que hablamos, su hostilidad fue solo de apariencia. Cuando desembarcó la tripulacion arrojaron á tierra las armas, facilitaron provisiones y preguntaron por el Almirante, en cuya justicia y magnanimidad parecía que depositaban los indios toda su

confianza. Después de salir de aquel sitio, el tiempo que por tantos días se había manifestado variable y adverso, empezó á presentar aun mas amenazadora apariencia. Un desmesurado pez, tan grande como una ballena mediana, se manifestó un día por cima del agua, con una concha en el cuello como la de una tortuga; con dos grandes aletas en el lomo, y una cola como la de un atún. Al ver aquel monstruo y las indicaciones de las nubes y del cielo, conoció Colon la proximidad de la tormenta, y se apresuró á buscar seguro puerto. Encontró un canal que se abría entre Española y una pequeña isla, llamada por los indios Adamaney, y por el Saona, donde se refugió, anclando cerca de una isleta ó roca en medio del canal. En la noche de su llegada hubo eclipse de luna; y haciendo una observacion encontró que la longitud entre Saona y Cádiz era de cinco horas y veinte y tres minutos. Esto excede en mas de diez y ocho grados la verdadera longitud, error que ocasionaria sin duda la inexactitud de sus tablas.

Ocho días permaneció el Almirante en el canal con su buque, lleno de zozobra por los otros dos bajeles que no pudieron entrar, y se quedaron en la mar expuestos á la violencia de la tormenta. Escaparon, em-

pero, libremente, y se le volvieron á reunir cuando se aplacó el temporal. Dejando el canal de Saona, alcanzaron el 24 de setiembre el extremo oriental de Española, á que dió Colon nombre de cabo de San Rafael, hoy conocido con el del Engaño. De allí salieron para Sud-Este, tocando á la isla de Mona, ó como le llaman los indios Amona, situada entre Puerto-Rico y Española. Creía el Almirante, á pesar de la mala condicion de los buques, seguir hácia el Oriente y continuar el descubrimiento de las islas caribes; pero su fuerza física no correspondía á los bríos de su elevado ánimo. Las extraordinarias fatigas que de cuerpo y espíritu padeciera durante un penoso y difícil viaje de cinco meses, habian debilitado, lentamente su salud. Participaba de los trabajos y privaciones hasta del último marinero; vivia limitado á la misma ración, y espuesto á la misma intemperie, y tenia además otros cuidados de que la gente común estaba exenta. Cuando el marinero cansado de los trabajos de su guardia dormía profundamente al silbar espantoso, de los vientos, el inquieto comandante mantenía su pereenne vigilia una y otra noche, sufriendo el azote de la tempestad y la humedad de las ondas. La seguridad del buque dependía de su desvelo y además se acordaba de que una nación, un mundo entero, esperaban con impaciencia el resultado de su empresa. En casi todo aquel viaje le habia estimulado la constante esperanza de llegar sin demora á las regiones conocidas de la India, y de volver triunfante á Europa por los países del Oriente, despues de circunnavegar el globo. Cuando perdió esta gloriosa perspectiva, escitaba todavía su mente un conflicto de interminables trabajos y peligros al retroceder en su rumbo contra tormentas, vientos y barras. Desde el momento en que se vió libre de todo cuidado en un mar pacífico y conocido, cesó repentinamente el estímulo y cuerpo y espíritu cayeron agobiados por el peso de aquellos esfuerzos casi sobrenaturales. El mismo día en que salió de Mona, le acometió una enfermedad repentina que le privó de la memoria, de la vista, y de todas sus facultades. Quedó sumergido en un profundo letargo, parecido á la muerte. Los marineros, alarmados al ver aquel sopor creyeron que en efecto no estaba lejos su última hora. Renunciaron á proseguir el viaje; y las velas hinchadas por la brisa del Oriente, tan general en aquellas aguas, llevaron á Colon en estado de insensibilidad absoluta al puerto de Isabela.

LIBRO VIII.

CAPITULO PRIMERO.

LLEGADA DEL ALMIRANTE A ISABELA.—CARACTER DE BARTOLOMÉ COLON.

(Setiembre 4, 1494.)

La vista de la pequeña escuadra de Colon, anclada de nuevo en el puerto causó grande gozo á los habitantes de Isabela que aun le eran fieles. El mucho tiempo que habia trancurrido desde su salida en tan arriesgado viaje sin recibir noticias suyas, dió lugar á mas funestas conjeturas, y empezó á temerse que habria perecido, víctima de su ánimo emprendedor, en alguna remota parte de aquellas ignotas mares. Una grata sorpresa esperaba al Almirante á su llegada. Halló á la cabecera de su lecho á su hermano Bartolomé, el compañero de su juventud y el amigo de toda su confianza, de quien tantos años habia vivido ausente. Recuérdase que cuando salió el Almirante de Portugal, envió á su hermano Bartolomé á Inglaterra para que manifestase los proyectos de su empresa á Enrique VII. No se conocen los pormenores de su solicitud á la corte de Inglaterra. Fernando Colon

dice, que su tío fue robado y hecho prisionero en este viaje por un corsario, quedando reducido á tal indigencia que tenia que trabajar mucho en hacer cartas ó mapas marítimos para poder subsistir, y que así se pasaron muchos años antes que presentase instancia alguna al monarca inglés. Las-Casas piensa que no fue inmediatamente á Inglaterra, deduciéndolo de una memoria que encontró escrita de su letra, de la cual se desprende que acompañó á Bartolomé Diaz en 1486 en su viaje por la costa de Africa al servicio del rey de Portugal, cuando el descubrimiento del cabo de Buena-Esperanza (1).

Es justo decir en honor de Enrique VII, que acogió la proposición mas favorablemente que ningun otro soberano. Llegó á celebrar con Bartolomé un pacto para llevar á cabo la empresa, y Bartolomé partió para España en busca de su hermano. Al llegar á Paris recibió la fausta nueva de que el descubrimiento ya estaba hecho, de que su hermano habia vuelto en triunfo á España, y se hallaba en la corte, honrado por los reyes, acatado por la nobleza y victoreado por el pueblo.

La gloria de Colon reverberó en toda su familia, y Bartolomé pasó á ser desde luego un personaje de importancia. Quiso verlo el rey de Francia Carlos VIII, quien sabiendo que se hallaba escaso de medios, le mandó dar cien escudos para sufragar los gastos de su viaje á España. Llegó á Sevilla precisamente cuando su hermano acababa de emprender el segundo viaje; por lo que pasó á la corte, á la sazón en Valladolid, acompañado de sus dos sobrinos Diego y Fernando, que iban á ser pages del príncipe Juan. Recibieronle los reyes con especial agrado, y sabiendo que era bellissimo marino, le confirieron el mando de tres buques cargados de provisiones para la colonia, para que fuese á auxiliar á su hermano en sus vastas empresas. Pero tambien llegó á Isabela demasiado tarde, pues el Almirante acababa de salir para la costa de Cuba.

La vista de este hermano sirvió de imponderable alivio á Colon, abrumado como se hallaba de atenciones, y rodeado no mas que de extraños. No habia tenido hasta entonces mas simpatía ni verdadero auxilio que el del otro hermano D. Diego, cuya disposición apacible y suave le hacia poco apto para los negocios de una turbulenta colonia. Bartolomé era de diverso carácter; pronto activo, de corazón impávido y resuelto, á sus determinaciones sucedía siempre una inmediata ejecución, que no cejaba delante de dificultades ni peligros. En su físico se reflejaba su alma; era alto, vigoroso, atlético, y con su sola presencia imponía su autoridad. Era tal vez, de-

(1) La memoria citada por Las-Casas (Hist. Ind., t. I, c. 7.) es curiosa, aunque no concluyente. Dice que la encontró en un libro viejo perteneciente á Cristóbal Colon, que contenía las obras de Pedro Aliaco, célebre geógrafo y astrónomo. Estaba escrita al margen de un tratado de la forma del globo, de letra de Bartolomé Colon, bien conocida por Las-Casas, que poseía muchas cartas suyas, y redactada en una mezcolanza bárbara de latin y español. Su significado era el siguiente:

En el año de 1488, en diciembre, llegó á Lisboa Bartolomé Diaz, capitán de tres carabelas que el rey de Portugal envió al descubrimiento de Guinea; y trajo noticias de que habia descubierto seiscientas leguas de territorio: 450 al Sur, y 150 al Norte, hasta un cabo llamado por él de Buena-Esperanza, hallando por el astrolabio, que estaba el cabo 450 mas allá de la línea equinoccial. Este cabo distaba 3,100 leguas de Lisboa; dicho capitán dice que apuntó legua por legua en una carta marítima presentada al rey de Portugal, en todo lo cual, añade el escritor, yo me hallé presente. Las-Casas duda si Bartolomé escribiera esta nota refiriéndose á sí mismo ó á su hermano; pero indiere de ella que uno ó ambos estuvieron en la expedición. La deducción puede ser fundada con respecto á Bartolomé; pero no con respecto á Cristóbal quien se hallaba entonces en la corte de España.

Las-Casas explica la diferencia de datos entre la nota anterior y las crónicas del viaje: aquella pone la vuelta de Diaz en el año de 88; esta en el de 87. Semejante diferencia puede tener su origen en que algunos empiezan á contar el año despues de Navidad, y otros el primero de enero. La expedición zarpó á fines de agosto de 86, y regresó á los 17 meses en diciembre de 87.

masiado brusco y severo, formando su carácter contraste con la dulzura estudiada con que templaba el Almirante su arrogancia habitual. Añádase que era de genio áspero, y que su sequedad y despego le atrajeran muchos enemigos. Apesar de estos defectos, mas bien aparentes que reales, era generoso y benévolo en su fondo, y no menos sensible que valiente.

Era perfecto mareante, tan buen teórico como práctico, habiéndose formado hasta cierto punto bajo la enseñanza del Almirante, á quien era casi igual en conocimientos científicos, y le excedía en el manejo de la pluma, segun Las-Casas, que tenía en su poder cartas y manuscritos de los dos. Sabia el latin; si bien parece que, como su hermano, debía mas bien sus conocimientos á su natural penetración, asiduo estudio y propia experiencia, que á una educación esmerada. Tan vigoroso de ánimo como el descubridor, pero menos entusiasta y de imaginación mas fria, le aventajaba en sutileza y habilidad para el manejo de los negocios, comprendía mejor sus intereses, y poseía en mas alto grado aquella táctica de hombre de mundo, que tanto interesa en los asuntos ordinarios de la vida. Su genio no le hubiera impelido jamas á entrar en aquellas arriesgadas especulaciones á que se debió el descubrimiento de un mundo; pero su sagacidad práctica hubiera sabido sacar muchas ventajas de este descubrimiento. Tal es la pintura de Bartolomé Colon, como ha salido del pincel del venerable Las-Casas que le conocía personalmente. Este retrato está conforme con todas las acciones del original en la historia de su hermano, en cuyos sucesos tomó notable parte.

Para libertarse del peso de los negocios públicos que le abrumaban demasiado en su enfermedad, Colon confirió desde luego á Bartolomé la investidura de adelantado ó gobernador militar y político de la provincia, considerándose autorizado al efecto por los artículos del pacto con los soberanos. El rey Fernando, sin embargo, demasiado desconfiado, calificó este hecho de una usurpación de poder y se manifestó ofendido. Amante tenaz de las prerogativas de la corona, creía que dignidades de tanta trascendencia debían conferirse solo por nombramiento real. Colon, empero, no habia dado aquel empleo obedeciendo meramente á una fraternal simpatía. Conocía cuánto le importaba el auxilio de su hermano en el estado crítico de la colonia, y que este auxilio seria ineficaz sin el sello de una autoridad superior. En efecto, en los pocos meses que duró su ausencia, habia sido la isla teatro de funestas discordias, debidas á la violación de las reglas que él habia prescrito para mantener la tranquilidad pública. Una mirada retrospectiva hácia los negocios recientes de la colonia no será tal vez infructuosa para explicar el estado de desbarajuste en que se hallaba, bastando al efecto exponer uno de los muchos casos en que tuvo Colon que recoger el fruto de las malas semillas sembradas por sus indignos y envidiosos rivales.

CAPITULO II.

MAL COMPORTAMIENTO DE DON PEDRO MARGARITE, Y SU SALIDA DE LA ISLA.

(1494.)

DEBE tenerse presente, que Colon antes de emprender su viaje, habia dado el mando de las tropas á don Pedro Margarite, con órdenes de ejecutar un paseo militar por la isla, que á la vez que *asombrase* á los naturales con la muestra de su poder guerrero, le proporcionase dar pruebas de su benevolencia por medio de un trato amistoso y equitativo.

La isla estaba entonces dividida en cinco señoríos gobernados por caciques soberanos, de absoluto y hereditario poder, de quienes numerosos caciques inferiores eran meros tributarios. El mas importante de estos estados comprendía el centro de la Vega

Real; país rico y delicioso, cultivado segun el imperfecto modo de los naturales, cubierto en parte de verdes selvas, esmaltado de ciudades indias, y regado por numerosos rios, que precipitándose casi todos por las fronteras occidentales de las montañas de Cibao, llevaban polvos de oro mezclados con sus arenas. El nombre del cacique era Guarionex, cuyos antepasados habian sido por espacio de muchos años los señores de la provincia.

El segundo estado, llamado Marien, estaba bajo el dominio de Guacanagarí, en cuya costa naufragó Colon en el primer viaje. Era un dilatado y fértil territorio extendido á lo largo de la costa del Norte, desde el cabo de San Nicolás á la estremidad occidental de la isla, limitado por el caudaloso rio Yagui, despues llamado Monte-Christi. Incluía la parte del Norte de la Vega Real, nombrada posteriormente llanura del cabo Frances.

El tercero se llamaba Maguana, y le mandaba el cacique caribe Caonabo, el mas feroz y poderoso de los caudillos salvajes, y el mas encarnizado enemigo de los blancos. Las minas de oro de Cibao pertenecían á sus dominios.

El cuarto tomaba su nombre del grande lago de Jaragua, y era de todos el mas poblado y el de mayor estension. Comprendía la costa occidental, incluso el promontorio de cabo Tiburon, y se estendía considerablemente por la costa del Sur de la isla. Los habitantes tenían un físico interesante, un continente mas noble, una habla mas agradable, y un trato mas ameno y apacible que los naturales de otras partes de la isla. El soberano se llamaba Behechio: su hermana Anacaona, célebre en la isla por su belleza, era la favorita del vecino cacique Caonabo.

El quinto señorío era el de Higuey, y ocupaba toda la parte oriental de la isla, acabando en el Norte en el rio Yagui; y en el Sur en el Ozema. Los habitantes eran los mas activos y marciales de la isla, habiendo aprendido á usar el arco y flechas de los caribes, que hacían frecuentes desembarcos en sus costas: decaía de ellos tambien que usaban armas envenenadas. Su valor, empero, no era mas que relativo, pues pronto se vió que sucumbía fácilmente delante de las armas europeas. Los mandaba un cacique llamado Cota-banama.

Hé aquí las cinco divisiones territoriales de la isla al tiempo del descubrimiento. No se sabe de fijo el número de sus gentes, llevado por algunos hasta un millon de almas, cálculo que parece exagerado. Sin embargo debió ser mas que suficiente en caso de hostilidad general para acabar con un puñado de europeos. Colon esperaba su seguridad ya del terror que inspiraban las armas y caballos de los españoles y la idea de su naturaleza sobre-humana, ya de las medidas que habia adoptado para granjearse la benevolencia de los indios, tratándolos con benignidad.

Margarite emprendió su expedición con la mayor parte de las fuerzas, dejando á Alonso de Ojeda el mando del fuerte de Santo Tomás. Pero en vez de comenarla explorando las fragosas montañas de Cibao, como debió hacerlo segun las instrucciones que habia recibido, descendió de motu propio á las llanuras voluptuosas de la Vega. Allí se detuvo por las populosas y hospitalarias villas indias, olvidado del objeto de su misión, y de las órdenes que le habia dado el Almirante. El gefe que falta á sus propios deberes y cede á los halagos de las pasiones, es poco idóneo para mantener la disciplina entre sus subordinados. Imitaban estos la sensualidad desenfrenada de Margarite, y no tardó el ejército en convertirse en una gavilla de libertinos inmundos. Los indios, por algun tiempo les suministraron provisiones con su acostumbrada hospitalidad; pero los cortos acopios de aquellos hombres parcos y frugales no podían durar mucho en poder de los españoles, pues uno solo de